

La disrupción en el aula

Si algo perturba los centros educativos, y muy especialmente los de ESO, es el tan repetido fenómeno de la disrupción en el aula que se ha convertido ya en crónico. De ahí la perplejidad del profesorado y de los propios padres y madres que observan cómo el alumnado y los hijos e hijas aprenden poco y a menudo con escaso interés

**Isabel Fernández García
Directora del IES Pradolongo (Madrid)**

Parece QUE la escuela no consiguiera transmitir el deseo de aprender ni de lograr las condiciones que lo hacen posible. Al contrario, el clima de las aulas se torna tenso, se deterioran las relaciones interpersonales, se incrementan las dificultades de aprendizaje y, consecuentemente, la insatisfacción y el malestar emocional.

El profesorado vive esta situación como falta de respeto por parte del alumnado, y empieza a no ver el sentido de su tarea docente. Si bien estos hechos son debidos a una variedad de causas, se destaca en primer lugar la actuación por parte de un reducido número de alumnos que de, forma persistente, mantiene una actitud hostil hacia el aprendizaje y a la escuela en su conjunto. Los conflictos que plantea ese pequeño grupo con su conducta inadecuada, repetida día tras día, produce estrés en el profesorado y le plantea un problema ético por entender que de este modo se restringe el derecho de los otros alumnos a aprender y progresar.

La disrupción es definida en la literatura especializada como un conjunto de conductas inapropiadas que se interpreta como indisciplina, con un componente claramente académico que retarda el aprendizaje y crea climas de clase indeseables, promoviendo malas relaciones interpersonales tanto entre profesorado y alumnado como entre los propios alumnos, y en ocasiones entre los profesores. Es éste un complejo fenómeno, cuyas causas no deben atribuirse exclusivamente a la mala conducta del alumnado, sino a un conjunto de factores dentro del contexto del centro y, muy particularmente, del aula.

La supervisión silenciosa y la atención preventiva a posibles problemas son pautas clásicas de los profesores eficaces

Destaca por su envergadura la organización de los agrupamientos de los alumnos cuyas decisiones tienen implicaciones en el resultado final del aprendizaje y del clima escolar. Entre la polaridad constituida por la heterogeneidad total de los grupos y la homogeneización de los mismos por niveles, existe una gran gama de posibilidades para indagar y experimentar. La flexibilización de horarios, los apoyos y grupos específicos de compensatoria, los programas de diversificación, los desdobles, todo ello responde a la necesidad de adaptar el currículum a las características de los alumnos. La búsqueda de nuevas medidas organizativas que mantengan la equidad pero atiendan a la diversidad, debe de ser uno de los nuevos objetivos de los centros escolares.

Si la organización del centro es un elemento clave, no lo son menos las condiciones dentro del aula en la que se desarrolla la enseñanza aprendizaje. Como mantienen Ainscow y otros, "los cambios en el currículum, en los métodos de enseñanza, en las formas de agrupar a los

alumnos y en los procedimientos de evaluación encierran el máximo impacto potencial en el rendimiento de alumnado y pieza clave en la mejora de la escuela”. Más allá de qué enseñamos y qué aprende el alumnado, nos tenemos que plantear cómo enseñamos y cómo aprenden. Hay dos elementos que no debemos olvidar: ¿cómo dan clase los profesores?, ¿qué estrategias de manejo de aula utilizan?, y por otro lado, ¿qué motivación o desmotivación existe en el propio alumnado por aprender?

Ante un incidente de disrupción debemos observar el contexto y la organización del aula. ¿Qué está ocurriendo en ese aula, y qué ha ocurrido en esa clase y/o con ése o esos alumnos anteriormente? Las rutinas de aula que utiliza el profesor son estrategias que pueden escalar o reducir los conflictos dentro de ese espacio. La supervisión silenciosa y la atención preventiva a posibles problemas son pautas clásicas de los profesores eficaces. Tanto un manejo muy disciplinario como excesivamente laxo e inconsistente, promueven la disrupción, la desmotivación y los sentimientos encontrados. Es probablemente una relación profesor-alumno segura y cercana a un tiempo, junto al sentimiento de ser aceptado y valorado como persona, lo que con mayor fuerza demanda el alumnado, a pesar de su mala conducta. La motivación de éste es otro factor que influye no sólo en su propio aprendizaje, sino en el de sus compañeros y, además en el clima de bienestar o malestar que se crea en la clase. Por tanto será un elemento importante sobre el que intervenir, sabiendo que no es una cuestión meramente personal, sino producto de diversos componentes que influyen entre sí. Entre ellos se encuentran:

- Los referentes al propio alumno/a como por ejemplo las experiencias escolares previas, los intereses y expectativas propios (en ocasiones distintos a los que marca el profesorado), los valores y actitudes de su entorno y especialmente de la familia.
- Los referentes a la interacción del profesorado. En este aspecto hemos de destacar los siguientes: el modo de presentación de los temas de aprendizaje o de las actividades; los mensajes que dirige a los alumnos antes, durante y después de la tarea, y los criterios y métodos de evaluación.
- Los relativos al grupo, especialmente en cuanto a su cultura o valoración del estudio y a su grado de competitividad o cooperación.

Atención Individualizada

Nos queda mencionar la necesidad, en algunos casos, de una atención individualizada a los alumnos con problemas de conducta, superando el mero diagnóstico y aplicando –desde Orientación- tratamientos específicos y continuados.

Para concluir: la disrupción representa el primer conflicto escolar a los ojos del profesorado, siendo éste un fenómeno complejo en que la interacción de las propuestas curriculares, las estrategias de manejo de aula, la motivación del alumnado y su contexto familiar-social y el clima del aula son claves para interpretar los desajustes de conducta de los alumnos.